

Jordi Guàrdia

El Mesías de Handel, escuchar la fe



Emaús 40

Obertura

Cuando nos despertamos, el primer gesto, casi instintivo, de muchas personas, es poner en marcha la radio. Automáticamente, suena música, aunque sea de fondo de noticias sobre las guerras, las crisis gubernamentales, el índice de paro, los problemas sanitarios, la situación económica o la trascendencia de la última derrota futbolística. Podríamos imaginarnos, por ejemplo, a alguien que trabaja fuera de su casa: se habrá duchado, y vestido, y desayunará; saldrá a la calle y tomará el metro, o el tren, o el autcbús; en el andén, en la estación, o en el mismo transporte, se encontrará con el hilo musical, que encubre el ambiente de silencio anónimo. O quizá sacará del bolsillo su transistor o su casete y aprovechará para escuchar algo que le guste mientras lee el periódico, o repasa unos apuntes, o avanza por aquel libro tan interesante... Imaginemos que va en busca de su coche. Seguro que sólo arrancar y enciende el radiocasete. Después del trabajo, pasamos por un centro comercial: oiremos las canciones de moda por los altavoces. Y si visitamos a los vecinos, sonará el timbre (el más frecuente, dos notas, un intervalo de tercera descendente La-Fa). ¿Y los teléfonos móviles?; los hay que avisan con la "Pequeña serenata nocturna" de Mozart; los primeros compases, claro. Hay ciudades en las que aún suenan campanas y carrilones. Y por la calle no es tan difícil encontrarse con músicos ambulantes.

Sin ánimo de exhaustividad, no es difícil comprobar que la

Obertura

Cuando nos despertamos, el primer gesto, casi instintivo, de muchas personas, es poner en marcha la radio. Automáticamente, suena música, aunque sea de fondo de noticias sobre las guerras, las crisis gubernamentales, el índice de paro, los problemas sanitarios, la situación económica o la trascendencia de la última derrota futbolística. Podríamos imaginarnos, por ejemplo, a alguien que trabaja fuera de su casa: se habrá duchado, y vestido, y desayunará; saldrá a la calle y tomará el metro, o el tren, o el autcbús; en el andén, en la estación, o en el mismo transporte, se encontrará con el hilo musical, que encubre el ambiente de silencio anónimo. O quizá sacará del bolsillo su transistor o su casete y aprovechará para escuchar algo que le guste mientras lee el periódico, o repasa unos apuntes, o avanza por aquel libro tan interesante... Imaginemos que va en busca de su coche. Seguro que sólo arrancar y enciende el radiocasete. Después del trabajo, pasamos por un centro comercial: oiremos las canciones de moda por los altavoces. Y si visitamos a los vecinos, sonará el timbre (el más frecuente, dos notas, un intervalo de tercera descendente La-Fa). ¿Y los teléfonos móviles?; los hay que avisan con la "Pequeña serenata nocturna" de Mozart; los primeros compases, claro. Hay ciudades en las que aún suenan campanas y carrilones. Y por la calle no es tan difícil encontrarse con músicos ambulantes.

Sin ánimo de exhaustividad, no es difícil comprobar que la

música se encuentra presente por todas partes. Nuestra vida entera está envuelta de una armonía sencilla, basada en ruidos; vivimos en un mundo lleno, incluso, de notas desafinadas. Nunca antes una cultura había estado en contacto con la música tanto como la nuestra. Quizás esta presencia general de la música haya producido un cierto desinterés por su estructura y su contenido. La audición en las circunstancias citadas se hace de manera automática y casi exenta de atención: una forma más de consumo.

Aunque nos consideremos técnicamente ignorantes (“de esto no entiendo”, se suele decir), la música no deja de presentarse, de irrumpir en nuestros oídos, de invadirnos. Es un flujo perpetuo, un movimiento exterior que transcurre por delante –y a través– nuestro, del que no podemos aislar ningún elemento para analizarlo cuándo y cómo deseamos. Podemos contemplar una escultura, un cuadro, un edificio, o un libro, tanto como queramos; la música, en cambio, nos impone su tiempo. La arquitectura, la escultura, la pintura, la literatura, exigen ser penetrados por nuestra atención; pero la música es quien penetra en nosotros. Es un arte discursivo: se desarrolla en el tiempo. Pero a diferencia de otros artes discursivos, no necesita espacio: es el arte de la discursividad absoluta. Pasa lo mismo con la sucesión de palabras, con el lenguaje oral.

No por no prestarle atención, ni tener nosotros el más mínimo conocimiento técnico, la música deja de articular un discurso; de explicar algo al oyente. Incluso a pesar del propio compositor. Por ejemplo, el británico Ralph Vaughan-Williams había manifestado que componía sus sinfonías en abstracto, sin un mensaje preciso en mente; pero al escuchar estas composiciones descubrimos cómo están traspasadas por los grandes acontecimientos del siglo XX. Esta capacidad narrativa se acentúa al asociar palabra y música. Desde los grandes oratorios barrocos hasta los pequeños “lieder” románticos, desde el repertorio gregoriano hasta las actuales composiciones corales, toda obra musical vehicula un mensaje, ya sea religioso o meramente humano.

Esta introducción nos sirve para justificar este libro. ¿Cuántas veces hemos encendido la radio, o hemos puesto un disco, o hemos ido a un concierto, y nos hemos quedado tan sólo en la belleza de lo escuchado? ¿O, para los más técnicos, en la calidad de la ejecución? Aunque el intérprete, de hecho, es el medio por el que un autor (por muy lejano en el tiempo y en el espacio que nos sea) nos transmite un mensaje. Si afinásemos más la apreciación, podríamos añadir que el intérprete no se queda al margen del mensaje, no es un simple medio: también aporta algo, aprovecha el mensaje del autor para apropiárselo y transmitirlo a su manera. O, incluso, variarlo. Es decir, lo interpreta, no tan sólo lo ejecuta. Pero estas apreciaciones nos harían perder el objetivo que tenemos en mente.

Queremos tomar una obra. Que sea conocida. E intentaremos descubrir de qué nos habla. Así pues, nos dirigimos a la estantería de los discos y escogemos uno al azar (bueno, quizás no tan al azar, visto el título de este libro): *el "Mesías", de G.F. Handel*. Seguro que tenemos una grabación en casa, aunque sea una selección de coros y arias. Seguro que lo hemos escuchado alguna vez, aunque sea el famoso "Alelu-ya", tantas veces versionado (no hace mucho lo oí como aviso de llamada de un teléfono móvil). Tomemos este oratorio barroco, pues: ¿qué mensaje nos transmite? ¿qué teología se articula en su libreto? ¿narra la vida de Jesús de Nazaret, el Mesías, como parece indicar su título? No exactamente. Analicémoslo y descubramos que se trata de una obra con un denso contenido teológico; casi una gran confesión de fe.